

FRANCISCO ROS SÁEZ, UN MURCIANO EN EL EXILIO MEXICANO

Francisco José Franco Fernández,
cronista oficial de Cartagena

Silvia García Ballester,
Ateneo Cultural “Pepe De Juana” de Cartagena

Francisco Ros Gascóns,
hijo y biógrafo de Francisco Ros

*México, has abierto tus puertas
y tus manos al errante, al herido,
al desterrado, al héroe.*

Pablo Neruda

Recibido: julio 2021/ aceptado septiembre 2021

RESUMEN

El presente ensayo analiza la historia de Francisco Ros Sáez, exiliado murciano de la Guerra Civil. Centrando el análisis principal en los años de su exilio en México, a través de los diferentes capítulos, los autores, entre ellos su propio hijo, nos van introduciendo en su aventura americana.

PALABRAS CLAVE

Exilio republicano, exilio mexicano.

Algunos apuntes biográficos

Los primeros recuerdos de Francisco Ros se remontan a su infancia en la localidad murciana de Fuente Álamo y sus primeros trabajos siendo todavía un niño en una España de bajos salarios y muchas desigualdades sociales. Tras realizar diversas tareas como aprendiz de oficios varios, recaló un buen día en la farmacia de Luis María Matas con tan solo

diez años de edad, donde realizó labores de mancebo y luego de oficial, labor que compatibilizaba con el trabajo en una clínica.

En aquel tiempo, al mantener contacto cotidiano con muchos trabajadores, fue adquiriendo conciencia de clase, de forma que al proclamarse la República el 14 de abril de 1931 se convirtió en Secretario General del sindicato de Sanidad de la Unión General de Trabajadores. Durante la Guerra Civil, instalado ya con su familia en la localidad catalana de Mataró, sirvió en los Servicios Sanitarios del Comité Antifascista, en un contexto complicado por los conocidos y sangrientos conflictos que vivieron entre sí las organizaciones obreras. Su labor se centraba especialmente en recorrer los cuarteles con el médico militar a pasar revista a los soldados, trabajar en la clínica y coordinar las tareas del sindicato. Desde su incorporación al servicio militar tuvo el grado de teniente por su posición de practicante de Farmacia.

En 1938, con Franco posicionado para ocupar Cataluña, Paco Ros, afectado por una deficiente alimentación, enfermó de tuberculosis, siendo internado en un pueblecito de montaña en el sanatorio Puts de Mena, lugar donde por casualidad descubrió un complot contra la República en el preciso momento en el que el gobierno se instalaba en Barcelona: un grupo de médicos y sanitarios daban a cambio de grandes sumas de dinero incapacidades permanentes para el servicio, lo cual causaba numerosas bajas en el bando republicano.

Estando todavía enfermo, optó por denunciar la conspiración al Servicio de Investigación Militar, que le confirió poderes para clausurar el hospital y apresar a los miembros del tribunal médico que tramitaba los expedientes de inutilidad. Las personas encausadas fueron trasladadas a los sótanos del SIM y puestas a disposición del tribunal de espionaje y alta traición militar de Cataluña.

Cuando terminó el juicio la Guerra estaba acabando y las tropas franquistas tomaban la localidad de Vic, por lo que decidió marcharse en dirección norte. Algunos directivos del sanatorio y políticos del ayuntamiento de Mataró le ayudaron económicamente para poder viajar: poco le retenía ya en España, pues durante la guerra habían fallecido su

hermano, su padre y su madre de tuberculosis. Se aproximó a la frontera en pleno bombardeo, haciendo el recorrido por el interior, consiguiendo penetrar en Francia en aquellos días en el que también lo hiciese el escritor Antonio Machado y muchos miles de españoles anónimos.



Francisco Ros en sus años de juventud

Al llegar a Francia la situación era calamitosa: la gendarmería les requisaba todos los objetos de valor, separando a las familias. Ingresó en un campo de concentración situado en la costa de Perpignan: estaban aislados en barracones, alimentados pobremente y en malas condiciones de salubridad, por lo que cayó de nuevo enfermo. Intentó en vano contactar con sus hermanas (que vivían en Saint-Étienne desde 1922) y consiguió escaparse con otros compatriotas, dirigiéndose a la ciudad, donde contactaron con el Centro Catalán de Perpignan, que colaboraba con el Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles dirigido por Indalecio Prieto.

A través de ellos consiguió llegar a Toulouse y desde allí hasta Lyon, donde unos familiares le facilitaron hospedaje hasta que fue seleccionado para poder viajar a México: el cónsul de este país, Sr. Camboa, les realizaba un interrogatorio en el que manifestaban su orientación laboral y su ideología política.

En unos días pudo, por fin, embarcarse en el *Sinaia*, que realizó una travesía de veintiún días, partiendo el 25 de mayo de 1939 del puerto de Sète, localidad próxima a Montpellier, y haciendo escala en Funchal, la capital de Madeira; y San Juan de Puerto Rico, donde no les dejaron bajar, aunque los estaban esperando con una manifestación popular de apoyo a la República. Después se dirigieron hasta el golfo de México y desembarcaron en Veracruz el día 13 de mayo 1939, donde fueron recibidos con manifestaciones de apoyo presididas por el ministro de Gobernación en representación del presidente Lázaro Cárdenas y el líder de la CNT Vicente Lombardo Toledano en nombre del comité de acogida español.

Tras el protocolo y la puesta al día de la documentación se dirigió a Ciudad de México, donde fijó su nueva residencia. Producto de su matrimonio con María Soledad Gascóns Nualart nacieron allí sus hijos María Antonieta y Francisco.

El exilio mexicano

En el exilio francés el dirigente republicano Fernando Valera informaba a los exiliados que se había formado un organismo nuevo dependiente de la comisión permanente de las Cortes españolas, con poderes amplísimos. Tanta facultad tenía que podía retirarle la confianza a Juan Negrín, por ejemplo, y hacerle dimitir de su cargo de Presidente del Consejo de Ministros. Presidía ese organismo Nicolau d'Olwer, y lo formaban, por el Partido Socialista, Indalecio Prieto; por la Unión General de Trabajadores, Belarmino Tomás; por Izquierda Republicana, Emilio Palomo; y por el partido de Diego Martínez Barrio, Faustino Valentín.

Los dirigentes republicanos, especialmente los miembros del S.E.R.E., preparaban la salida de los emigrantes: iban a despedir a los

pasajeros del barco *Mexique*, que zarpaba lleno de refugiados. El propio S.E.R.E. era la empresa armadora, como lo había sido con el *Ipanema*, que andaba durante el mes de abril dando tumbos por los mares como barco pirata, sin arribar todavía a las costas mexicanas. El S.E.R.E. fletaba y aparejaba, adquiría los alimentos y pagaba por retraso las estadías. Pero de este modo, todo se administraba por determinadas personas, y en compras, en visitas obligadas a otros puertos, donde carenaban y se abastecían los buques, y en cubrir otras formalidades y carencias, se aumentaban los gastos y se repartían comisiones. En aquellos días de primavera en los que los nazis avanzaban hacia París, los dirigentes republicanos del exilio, en contacto con el presidente mexicano Cárdenas, preparaban la salida de miles de compatriotas.



El S.E.R.E gestionaba la salida de los exiliados

Sin entrar en detalles minuciosos, daremos algunas pistas sobre la vida de los cerca de veinte mil exiliados que acabaron en México. Al revés de lo que hicieron algunos políticos, la mayoría de los desterrados, sin dejar de ser españoles, se sintieron también profundamente mexicanos. A principios de 1940, el gobierno de Cárdenas concedió la nacionalidad a todos los republicanos españoles que lo desearan, y la pidieron más de un setenta por ciento.

Los «refugiados» eran bien vistos por los mexicanos. La historiadora Concha Ruiz Funes, hija del ministro de Agricultura de la República, señala que entre los exiliados españoles, 4000 eran intelectuales. El economista e historiador mexicano, Daniel Cosío Villegas, que en 1934 había fundado una de las editoriales más importantes de Iberoamérica, el Fondo de Cultura Económica, y que en 1937 se encontraba como embajador de México en Portugal, logró que el presidente Cárdenas fundara en 1938 la Casa de España en México para acoger a intelectuales españoles e integrarlos en los altos centros de cultura mexicanos, mientras se decidía la suerte de la República española que algunos ya daban por perdida. Con el triunfo de los militares quedaba afuera, desamparado, sin recursos, sin país, un puñado de españoles de primera fila, valores científicos, literarios, artísticos y, por añadidura, de ejemplar calidad moral.

Lázaro Cárdenas designó para presidir la Casa de España a Alfonso Reyes, el intelectual mexicano de más autoridad, que había vivido en carne propia el exilio, al tener que salir huyendo de la persecución de la dictadura de Porfirio Díaz, y que mantenía estrechos vínculos con intelectuales españoles que se fraguaron durante su estancia de diez años en Madrid entre 1914-1924: Américo Castro, Azorín y Juan Ramón Jiménez. Daniel Cossío Villegas fue nombrado segundo de a bordo, como secretario del Patronato y de La Casa.

La mayoría de los intelectuales aztecas, entre los que figuraba Octavio Paz, colaboró activamente. La Casa de España estaba en la misma oficina que el Fondo de Cultura. La idea fue ayudar a los intelectuales que salían de España en plena guerra. Al principio fueron pocos, luego fueron ampliando su número y casi todos daban clase en la UNAM y en las universidades de los estados.

El poeta León Felipe, que ya residía en la capital azteca desde comienzos de 1938 y estaba casado con una mexicana, se sumó de inmediato al proyecto. El filósofo José Gaos fue el primero que llegó directamente de Europa, en agosto de 1938. Rector de la Universidad de Madrid y catedrático en la Facultad de Filosofía y Letras, había trabajado activamente en la organización del Pabellón Español en la Exposición Universal de París en 1937 para el que fue pintado el mural del *Guernica* de Picasso. Creó, en esta institución, un seminario de

Historia de las Ideas, además de publicar un importante ensayo sobre el pensamiento hispanoamericano.

También en la Casa de España en México encontró cabida el naturalista, ya nonagenario, Ignacio Bolívar. María Zambrano, tras su paso por Cuba y Puerto Rico, fue comisionada por la Casa de España para que impartiera en la Universidad del estado de Michoacán, en la ciudad de Morelia, feudo de la familia Cárdenas, un curso sobre Sociología y otro sobre Introducción a la Filosofía. A finales de la presidencia de Cárdenas, en 1940, la Casa de España en México se convirtió en el Colegio de México para garantizar su continuidad, llegando a ser la institución cultural más importante del país, consiguiendo en 2001 el premio Príncipe de Asturias en el apartado de Ciencias Sociales.

Durante los primeros años del exilio fueron surgiendo, por iniciativa de los propios expatriados, otros centros culturales y asociaciones con objeto de ayudar a los refugiados. Los españoles estuvieron presentes en todos los sectores de la actividad cultural y productiva de México. El SERE de Juan Negrín y la JARE de Indalecio Prieto proporcionaron ayudas a los refugiados y crearon empresas para darles trabajo: laboratorios químico-farmacéuticos (Industrias Químicas Americanas), fundiciones (Vulcano) o industrias gráficas, como la editorial Séneca, puesta en marcha por José Bergamín en enero de 1940, que desarrolló en los años siguientes una ingente labor divulgadora de autores occidentales clásicos y contemporáneos que trascendió a toda América a la vez que publicaba a los autores del exilio que pudieron, de esta forma, dar a conocer su obra literaria.

La Editorial Séneca, además del apoyo del SERE, contaba con el de la Junta de Cultura Española, fundada en París en marzo de 1939 y presidida por José Bergamín, que tenía por objeto «asegurar la propia fisonomía espiritual de la cultura española... y la de unir y ayudar en sus trabajos a los intelectuales españoles expatriados». Lanzó la revista *España Peregrina* en cuyo primer número publicó el «Manifiesto del Exilio».

Se dio una gran solidaridad entre ellos y recibieron también cierta ayuda por parte de los antiguos residentes. Esto se dio entre las

nacionalidades españolas: los catalanes se volcaron con los catalanes exiliados, les proporcionaron trabajo y les acogieron en sus industrias y negocios y los vascos también tuvieron una solidaridad impresionante con los suyos. No sucedió tanto con los gallegos, sin duda por su carácter más individualista. Al mismo tiempo que se incorporaron al trabajo, al *modus vivendi* local, se aglutinaron de una manera impresionante, lo cual hizo que tuvieran en algunos casos dificultades de adaptación. Tenían la posibilidad de integrarse en el Orfeó Català, en el Centro vasco, en la Casa de Valencia, en la de Andalucía, y por ser un grupo donde había políticos importantes, inmediatamente lo que hicieron fue reorganizar los partidos.

Entonces su vida cotidiana, fuera del trabajo, se orientaba siempre hacia las actividades de estas organizaciones, formadas por ellos mismos. Se fundaron tres colegios, y esto hizo que algunos niños estuvieran metidos en una dinámica del exilio, también con profesores y personal exclusivamente español. Todos estos factores hicieron que algunos grupos de exiliados adoptaran una actitud endogámica.

Manuel Andújar, José Ramón Arana, José Puche Planas y Anselmo Carretero, editores de una de las mejores revistas del exilio, *Las Españas*, promovieron la creación de un centro donde «se cultivara el mundo de las ideas con espíritu abierto y plural, y para defender y divulgar la cultura española». El Ateneo Español de México se constituyó el 4 de enero de 1949 y muy pronto adquirió peso importante en la vida cultural y política de la capital. En él funcionaron desde el principio secciones de artes plásticas, ciencias físico-matemáticas, ciencias biológicas, humanidades, literatura, teatro, cine y música.

En las actividades del Ateneo participó la mayoría de los intelectuales y artistas españoles allí residentes, como el poeta Luis Cernuda, quien, tras su peregrinaje por Inglaterra y EE.UU., acabó recalando en México, donde murió; el músico Rodolfo Halffter; los escritores Ramón J. Sender, que vivió en México y EE.UU., y Max Aub, que pudo librarse del siniestro campo de concentración de Djelfa, en Argelia, adonde consiguió enviarle el embajador franquista Lequerica, y también el cineasta Luis Buñuel que, con su admirable película, *Los olvidados*, inició el período más interesante de su cinematografía.



La fundación del Ateneo provino sobre todo del grupo de *Las Españas* de Anselmo Carretero y los demás. El acta de constitución se firmó en la Editorial Séneca, en la oficina de Bergamín, y fue en el año 49. Sintieron la necesidad de tener un lugar donde reunirse, sobre todo los intelectuales, cuando se perdió la esperanza de regresar a España, porque las maletas estuvieron mucho tiempo sin deshacerse. Allí se reunieron todos los refugiados políticos de Sudamérica que pasaban por México. El Ateneo agrupó a todos los intelectuales, representó un lugar donde reunirse, discutir, hablar de España, y además también hubo mucha participación de intelectuales mexicanos. Había conferencias, mesas redondas y se pasaban películas. El Teatro Español de México surgió dentro del Ateneo porque allí era donde ensayaban. También se hacían exposiciones de pintura.

En la universidad se notó mucho también la influencia del exilio. Muchísimos profesores mexicanos que eran antiespañoles por las cosas

de la Conquista aprendieron gracias a los exiliados a querer a España. En la universidad se les reconoce mucho su labor. Los maestros del exilio hicieron que mucha gente en México cambiara su idea de lo que era el ser y la esencia de los españoles. Para atender y educar a los hijos del exilio, el SERE creó el Instituto Luis Vives y la JARE el prestigioso Colegio Madrid, considerado en la actualidad el mejor colegio de secundaria en México; el Patronato Cervantes también estableció colegios en distintos estados, con directores y maestros españoles. El Luis Vives era la continuación de la Institución Libre de Enseñanza por lo que muchos mexicanos matricularon a sus hijos allí por las ideas de libertad que se les inculcaban, conviviendo muy bien los niños españoles y los mexicanos. Hay que destacar también la importante labor de la Academia Hispano-Mexicana, que comenzó siendo un colegio de secundaria para terminar convirtiéndose en universidad.

En toda esta primera generación del exilio hay un gran sentimiento de gratitud a México. Pero si México proporcionó una serie de posibilidades al exilio, también este aportó otras cosas a México, en su justo término. A lo largo de estos setenta años, el gobierno mexicano ha hecho un homenaje al exilio español el 14 de abril. Ha sido como una especie de herencia. Este homenaje lo inició Lázaro Cárdenas y sus sucesores los mantuvieron. El gobierno mexicano no reconoció nunca al gobierno franquista. Fue una deferencia para todos los exiliados que vivían en México, y para ellos fue de gran importancia.

Las instituciones republicanas españolas se comportaban como un estado dentro de otro estado y eso creaba importantes tensiones, siendo mucho más fluida la situación de los españoles anónimos que allí llegaron, que entendieron que lo mejor era integrarse dentro de los países de acogida sin perder nunca los sentimientos ni olvidar el objetivo último, pues algún día la verdadera patria dejaría de tener cadenas y la historia haría justicia.

Los líderes políticos del destierro mexicano eran Fernando Valera, José Maldonado, Indalecio Prieto, Francisco Giral, Juan José Domenchina, Álvaro de Albornoz y Mariano Ruiz-Funes. Mariano había nacido en Murcia, en cuya Universidad se licenció, doctoró en Derecho y consiguió en 1919 plaza de Catedrático de Derecho Penal. Si como profesor su importancia fue grande, como político y humanista

fue también una influyente e importante figura de su tiempo. Afiliado a Izquierda Republicana, fue diputado a las Cortes Constituyentes republicanas. Ya en Madrid, formó parte del Instituto de Estudios Penales, sucesor de la Escuela de Criminología, suprimida por orden de la República, ocupándose de la Cátedra de Derecho Procesal penal.

Al acabar la guerra, Ruiz-Funes se exilia primero a Cuba y luego a México, donde prosiguió sus actividades profesionales. En su exilio americano continuó preocupado por los problemas políticos y humanos de la Criminología y el Derecho Penal, asesorando a numerosos organismos públicos y privados. Pero su principal labor fue la enseñanza en la Universidad, siendo Catedrático honorario de la Facultad de Derecho de la Universidad de San Marcos de Lima, de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de San Carlos de Guatemala y Profesor honorario de la Universidad Autónoma de El Salvador. En España fue juzgado en rebeldía.

El 4 de julio de 1953 el diario murciano *La Verdad* publicaba una breve nota sobre su muerte:

“Ha fallecido en Méjico el exministro de la República española Ruiz-Funes. Residente en Méjico desde el año 1939 y que desempeñaba la Cátedra de Derecho Penal en la Universidad de Méjico. Contaba 64 años de edad.”

La aventura mexicana de la familia Ros

En junio de 1939 Francisco Ros era admitido como asilado político y se le permite residir en el entonces llamado México Distrito Federal, donde conoce a Gumersindo Rivas Pérez, paisano proveniente de Villanueva, Lugo, España, emigrado desde 1923, que tenía como modo de sustento o negocio dos bares o cantinas, y le ofreció trabajo y prestó más tarde dinero para iniciar un negocio, una panadería llamada “La Mundial”, muy bien ubicada en el centro de la Ciudad de México, entre las calles de República de Chile y República de Cuba, llegando a tener clientes muy conocidos como el cronista de toros y locutor de la televisión Francisco Rubiales Calvo mejor conocido como “Paco Malgesto”, o

el futbolista húngaro Ferenc Puskas, que jugaba en el Real Madrid y visitaba la capital azteca con bastante frecuencia.



Imagen desenfadada de la familia Ros

En el año de 1946 Paco Ros se divorció de su esposa y vivió durante un tiempo en la Ciudad de Monterrey, donde emprendió otros negocios, consiguiendo la custodia de los dos hijos, con los que convivió en compañía de Alicia, su segunda esposa. De aquellos años quedan recuerdos de familia en forma de escritos y audios que nos llevan hasta las calles de Monterrey y luego de México, donde retornaron para vivir en un departamento en la planta baja de un edificio de la Colonia Guerrero, donde vivieron de un modesto comercio hasta que partieron a la ciudad de Guadalajara, en el estado de Jalisco, donde emprende nuevos negocios.

En aquel comienzo de los años 50 la familia se acerca mucho a lo español: Paco se inscribe en el Centro Catalán, lo que le aporta nuevos contactos comerciales y la posibilidad de emprender prósperos negocios de panadería cerca del recién remozado Mercado San Juan de Dios. En los años 60 toda la familia trabaja en el negocio, la vida les sonríe y Francisco Ros quiere recuperar sus raíces: en 1963 se encuentra con sus hermanos Rosa, María y Antonio. Regresar a España se convierte en un sueño imposible y Paco Ros, como muchos españoles anónimos acogidos en México, muere en el exilio.

BIBLIOGRAFÍA

ALBORNOZ, Álvaro de: *El Partido Republicano*. Madrid, 1930.

AYALA, J. A.: *Murcia en la Segunda República*. Murcia, 1982.

AZAÑA, Manuel: “El problema español.” Conferencia pronunciada el 4 de febrero de 1911 en la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares. Edición Facsímil. Madrid, 1987.

CARABIAS, Josefina: *Azaña: Los que le llamábamos Don Manuel*. Barcelona, 1980.

CASAL, Federico: *El libro de la ciudad de Cartagena*. Cartagena, 1923.

CONDE, C.: *Recuerdos*. Madrid, 1986.

FRANCO FERNÁNDEZ, F. J.: *La Unión y Cartagena (1874-1936). El sueño modernista*. Cartagena, 2019.

IZQUIERDA REPUBLICANA. DOCUMENTOS. Izquierda Republicana, Valencia 18 Julio-18 Diciembre 1936: visión de los problemas surgidos de la Guerra contra el fascismo. Sueca, 1937.

LÓPEZ PAREDES, M.: *Cartagena. 1900-1974*. Cartagena, 1974.

MACHADO, A.: *Madrid, baluarte de nuestra guerra de independencia*. Madrid, 1937.

MARTÍNEZ LEAL, J.: *Cartagena durante la Segunda República (1931-1939)*. Murcia, 1986.

MÉXICO Y LA REPÚBLICA ESPAÑOLA. Antología de documentos 1931-1977. Centro Republicano Español de México, 1978.

PÉREZ ROJAS, F. J.: *Cartagena 1874-1936*. Murcia, 1986.

RIVAS CHERIF, Cipriano de: *Retrato de un desconocido, vida de Manuel Azaña*. Barcelona, 1981.